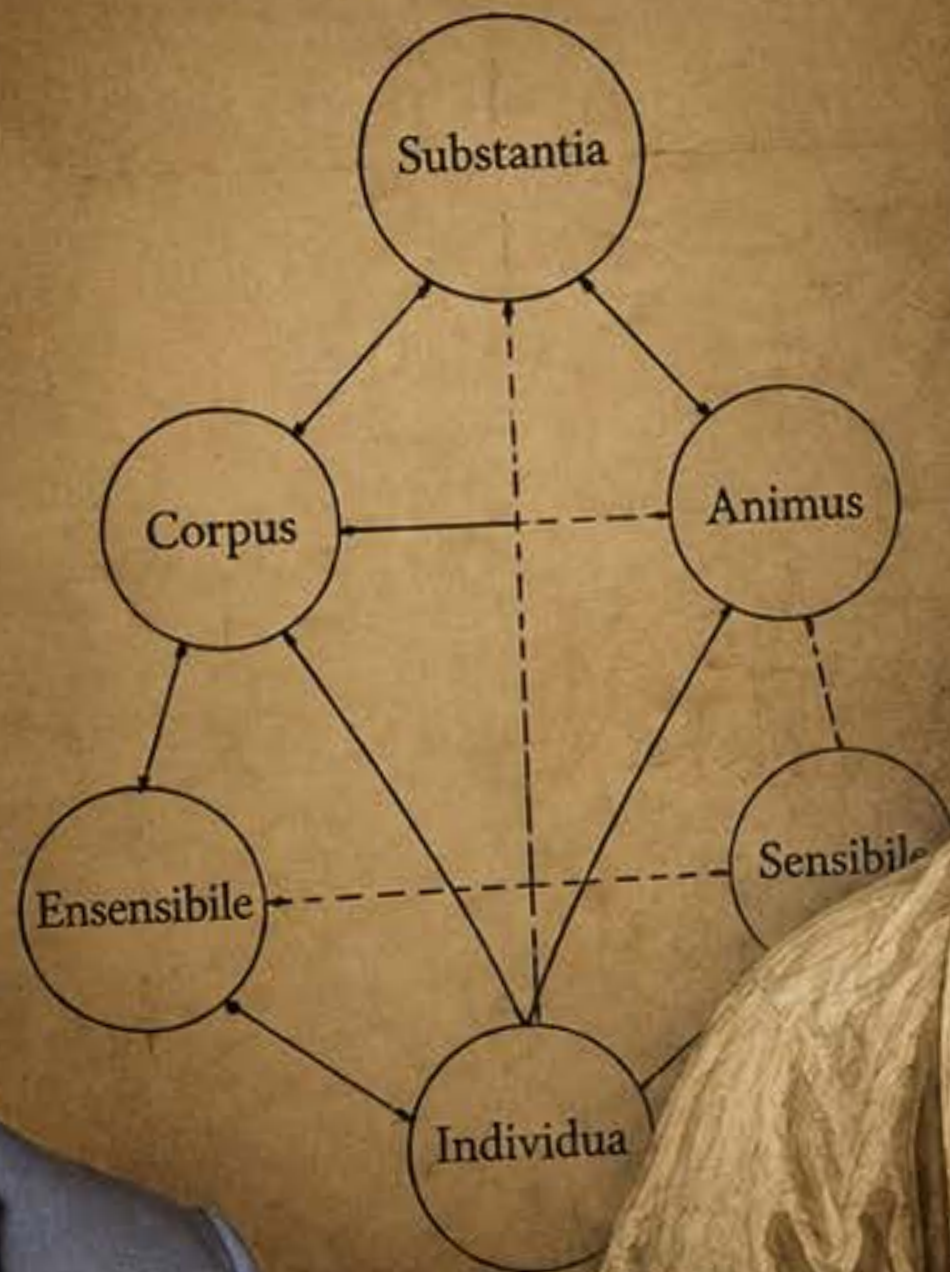


ARBOR PORPHYRIANUS
(PORPHYRIO)



David M. Litwa
Traductor
Catedrático

Porfirio de Tiro
(234-305)
Filósofo neoplatónico

DAF 106

PORFIRIO CONTRA LOS CRISTIANOS
TRADUCCIÓN Y ANÁLISIS DE DAVID M. LITWA

ΚΑΤΑ ΧΡΙΣΤΙΑΝΩΝ
ΠΟΡΦΥΡΙΟΣ

PORFIRIO CONTRA LOS CRISTIANOS

El primer gran libro de crítica bíblica de Occidente

Créditos

Esta edición en español se basa en la reconstrucción inglesa de M. David Litwa, *A Reconstruction of Against the Christians by Porphyry of Tyre* (2025). Litwa es doctor en religión, investigador especializado en cristianismo primitivo y textos gnósticos, y autor de numerosos estudios y traducciones sobre el mundo bíblico y patrístico. Todo el mérito de la reconstrucción, la selección y el ordenamiento de los testimonios antiguos le pertenece a él; esta versión se limita a traducir y adaptar ese trabajo para su narración en español.

Más información sobre el autor y su trabajo:

Sitio del autor: <https://mdavidlitwa.com/>

Entrada original sobre esta obra: <https://mdavidlitwa.com/2025/08/14/the-work-of-porphyry-against-the-christians/>

Libro en Goodreads: <https://www.goodreads.com/book/show/239279806-a-reconstruction-of-against-the-christians-by-porphyry-of-tyre>

Página de libros del autor: <https://mdavidlitwa.com/books/>

Perfil académico: <https://independent.academia.edu/DavidLitwa>

Wikipedia: https://en.wikipedia.org/wiki/M._David_Litwa

Introducción editorial

Lo que el oyente está a punto de escuchar es, en sentido estricto, una ruina. No un libro, sino los escombros de un libro: los fragmentos de una obra que el mundo antiguo intentó borrar con tanta determinación que, durante más de mil quinientos años, se dio por enteramente perdida. Que hoy podamos reconstruir siquiera una parte de sus argumentos es una de las paradojas más notables de la transmisión de textos en la Antigüedad, porque debemos esa supervivencia, precisamente, a los adversarios que se propusieron destruirla.

Su autor fue Porfirio de Tiro, nacido hacia el año 234 de nuestra era en la costa fenicia, en el seno de una familia griega culta. Recibió una formación filosófica y filológica de primer nivel, primero en Atenas, bajo el crítico y retórico Longino, y más tarde en Roma, donde hacia el año 263 se convirtió en discípulo y, con el tiempo, en el editor y biógrafo de Plotino, el fundador del neoplatonismo. Fue Porfirio quien organizó el pensamiento disperso de su maestro en las Enéadas, quien escribió su Vida, y quien, en buena medida, fijó para la posteridad la imagen de Plotino como el gran sistematizador de la metafísica platónica tardía. Porfirio no fue, sin embargo, un simple discípulo devoto: fue también un erudito de vastísima cultura, autor de tratados de lógica, de crítica literaria, de historia de la filosofía y de exégesis alegórica de los poemas homéricos. Murió hacia el año 305, ya bien entrado en la última generación de filósofos paganos que todavía podían imaginar, sin ironía, que el orden religioso y filosófico heredado de los griegos sobreviviría al avance del cristianismo.

No lo sobrevivió. Y es precisamente esa derrota histórica la que explica el destino de su obra más incendiaria: un tratado en quince libros conocido como Contra los cristianos, compuesto probablemente durante los últimos años de su vida. Sabemos por testimonios antiguos que fue una obra vasta, erudita y minuciosamente argumentada, que sometía las Escrituras judías y cristianas a un examen filológico, cronológico, lógico e histórico de una precisión que sorprende en un autor del siglo tercero. Sabemos también que fue considerada, por generaciones de cristianos, la refutación pagana más peligrosa jamás escrita contra su fe. Y sabemos, por último, que el Imperio cristiano hizo cuanto pudo por asegurarse de que nadie más pudiera leerla: el emperador Constantino ordenó quemar sus copias en el siglo cuarto, y en el año 448 un edicto conjunto de Teodosio segundo y Valentiniano tercero renovó la condena y ordenó la destrucción de cualquier ejemplar que aún circulara. La orden se cumplió con una eficacia casi



total. El libro, como objeto, desapareció.

Pero sus argumentos no desaparecieron del todo, porque antes de que el fuego hiciera su trabajo, los adversarios de Porfirio ya habían empezado el suyo. Autores cristianos como Metodios de Olimpo, Eusebio de Cesarea, Apolinario de Laodicea y, sobre todo, Jerónimo, escribieron extensas refutaciones en las que, para poder rebatir a Porfirio, se vieron obligados a citarlo, resumirlo o parafrasearlo con cierto detalle. El caso más importante es el de Jerónimo, cuyo Comentario al libro de Daniel reproduce, precisamente para impugnarlos, largos pasajes del argumento porfiriano contra ese libro profético. A esto se suma un texto anónimo y controvertido, el Apocriticus atribuido a Macario de Magnesia, que transmite en forma de diálogo una serie de objeciones paganas muy afines, en espíritu y en método, a las que la tradición asocia con Porfirio. De la confluencia de estos testimonios hostiles —y de algunos otros, más fragmentarios— los eruditos modernos, desde Adolf von Harnack a comienzos del siglo veinte hasta los estudios más recientes, han intentado reconstruir, como quien arma un mosaico a partir de teselas dispersas, lo que pudo haber sido el argumento original de Contra los cristianos.

Esta circunstancia exige una honestidad constante por parte de quien traduce, edita o narra este material. Ni una sola línea de lo que sigue nos ha llegado en un manuscrito continuo firmado por Porfirio. Todo lo que el oyente escuchará ha sobrevivido incrustado en las obras de quienes se propusieron refutarlo, y eso significa que en cada fragmento coexisten, en proporciones que no siempre podemos determinar con exactitud, la voz original del filósofo y el filtro —a veces fiel, a veces polémico, a veces deliberadamente distorsionador— de quien lo transmitió para poder combatirlo. Por eso hablar de "las palabras de Porfirio" es, estrictamente, una simplificación necesaria: lo que tenemos, en el mejor de los casos, es lo que sus enemigos consideraron necesario conservar de sus palabras. Esta edición conserva las señales de esa procedencia —los números de fragmento de la tradición erudita, las lagunas marcadas allí donde el testimonio se interrumpe, las indicaciones de libro cuando se conocen y su ausencia cuando no— precisamente para que el oyente nunca pierda de vista esa mediación.

Dicho esto, lo que sobrevive es extraordinario. Porfirio no ataca al cristianismo con vaguedades ni con la simple invocación de la tradición ancestral, aunque también apela a ella. Ataca con herramientas de erudito: analiza las cartas de Pablo para exhibir lo que considera contradicciones e hipocresías; examina el uso cristiano de la alegoría, en particular en Orígenes, a quien conoció personalmente en su juventud, para mostrar que convierte el texto literal en lo que a él le conviene; escudriña el relato del Génesis con la lógica implacable de quien no está dispuesto a aceptar un mito como si fuera una proposición filosófica; compara entre sí a los cuatro evangelistas, línea por línea, para señalar discrepancias de cronología, de genealogía y de detalle; y somete el libro de Daniel a un análisis histórico de una minuciosidad asombrosa.

Es este último punto el que otorga a Porfirio un lugar verdaderamente singular en la historia de la crítica bíblica. Frente a la creencia común de que el libro de Daniel era una profecía escrita en el siglo sexto antes de nuestra era y milagrosamente cumplida siglos después, Porfirio argumentó, fragmento por fragmento, hecho por hecho, que el libro había sido compuesto en realidad durante la persecución de Antíoco cuarto Epífanes, en el siglo segundo antes de nuestra era, y que su autor, oculto bajo el nombre de Daniel, describe con extraordinaria precisión los acontecimientos hasta esa época —precisamente porque ya habían ocurrido— y empieza a errar, a partir de ese punto, en todo lo que pretende anunciar como futuro. Es, en otras palabras, el primer análisis conocido en la historia de Occidente de lo que los estudiosos modernos llamarán, mucho después, vaticinio ex eventu: la identificación de una supuesta profecía como relato retrospectivo disfrazado de predicción. La crítica bíblica académica no llegaría a esta misma conclusión sobre Daniel hasta los siglos dieciocho y diecinueve, más de mil quinientos años después. Que un filósofo pagano del siglo tercero haya reunido ya entonces cronología griega, sucesión dinástica helenística y análisis interno del texto para llegar a un resultado que anticipa, en lo esencial, un consenso académico moderno, es motivo suficiente para tratar estas páginas con el respeto histórico que merecen.

Y sin embargo, sería un error de perspectiva —el error exactamente opuesto al que anima a esta edición— presentar a Porfirio como un crítico bíblico moderno avant la lettre. Porfirio no escribe desde la neutralidad metodológica ni desde el escepticismo religioso general. Escribe como un filósofo pagano profundamente comprometido con la religión tradicional grecorromana, con el culto a los dioses ancestrales y con la superioridad del orden filosófico helénico, y ataca al cristianismo, en gran medida, porque lo considera una superstición advenediza que ha arrastrado a hombres y mujeres a abandonar sus dioses, sus ciudades y sus costumbres. Su método puede anticipar el de la crítica bíblica posterior —la atención a la cronología, a la coherencia interna, a la autoría real de los textos, al contexto histórico de



la composición— pero sus fines y su marco de referencia siguen siendo enteramente antiguos. Es, si se quiere, un crítico bíblico sin saberlo, y precisamente por eso resulta tan valioso escucharlo en sus propios términos, sin modernizarlo ni suavizarlo.

Lo que sigue, entonces, es la voz reconstruida de un polemista formidable, incómodo, a ratos irónico y a ratos brutal, que sometió las Escrituras judías y cristianas a la crítica más severa que habrían de recibir durante más de un milenio. Es una voz que sus enemigos intentaron silenciar para siempre, y que sin embargo llega hasta nosotros porque tuvieron que citarla para poder combatirla. Escuchemos, entonces, lo que queda de Contra los cristianos.

Nota sobre esta edición

Antes de comenzar, conviene explicar brevemente las convenciones de esta edición, para que después la narración pueda fluir sin interrupciones constantes.

El número que precede a cada fragmento —por ejemplo, "ochenta y ocho" o "ciento nueve"— corresponde a la numeración de referencia que la tradición erudita, iniciada por Adolf von Harnack, asigna a cada testimonio. Se conserva en el cuerpo de la narración, como si fuera el número de un versículo, para que este audiolibro pueda cotejarse en el futuro con la edición académica de la que procede.

Allí donde el testimonio original se interrumpe —marcado en la reconstrucción mediante corchetes y puntos suspensivos— esta edición conserva una simple pausa de puntos suspensivos, sin restituir jamás el contenido perdido. Esa pausa no es un adorno: significa que el hilo del argumento de Porfirio se corta en ese punto, y que lo que sigue, cuando lo hay, pertenece ya a otro testimonio o a otro fragmento.

Cuando la reconstrucción no puede establecer con certeza a qué libro de la obra original pertenece un fragmento, se conserva la indicación "libro de numeración desconocida", tal como la transmite la tradición erudita, en lugar de asignarle un número que no podemos verificar.

Las citas bíblicas se traducen buscando reflejar la formulación exacta que Porfirio ataca en cada caso, y no necesariamente la de una traducción litúrgica española corriente, porque su argumento depende a menudo de la letra precisa del texto citado. Cuando el argumento depende de una palabra griega o hebrea, esa palabra se transcribe fonéticamente para el oído hispanohablante, y se explica su sentido de manera breve e integrada en la narración.

Hecha esta aclaración, comienza la reconstrucción de Contra los cristianos, siguiendo el orden de los testimonios tal como los transmite la tradición.

Fragmentos preliminares

Nota editorial: la reconstrucción moderna reúne aquí, bajo el título de "Introducción", dos testimonios que tradicionalmente abren el ataque de Porfirio contra los cristianos. Con esa salvedad, escuchemos estos primeros fragmentos.

88. ¿Quiénes son los cristianos? ¿Son helenos, o son extranjeros, o alguna categoría intermedia? ¿Quiénes se declaran a sí mismos ser, por su manera y por la forma de vida que han elegido? Es evidente que no piensan de la misma manera que los helenos, ni practican costumbres extranjeras, es decir, judías.

¿Cómo no habrían de ser del todo impíos y ateos, ellos que han abandonado a los dioses ancestrales, por medio de los cuales se ha constituido toda nación y toda ciudad? ¿O cómo sería racional que esperasen algo bueno, cuando se han declarado enemigos hostiles de quienes los preservan, cuando han rechazado a sus benefactores? ¿Cómo no ser sino guerrilleros contra Dios?

¿Con qué perdón serán juzgados dignos, ellos que se han rebelado contra lo que se ha dicho acerca de los dioses? Desde tiempos remotos, estos dioses han sido celebrados de palabra por todos los griegos y los extranjeros, en las ciudades y en el campo, en toda clase de rito sagrado, de iniciación y de misterio, por todos los pueblos en conjunto, ya se trate de reyes, de legisladores o de filósofos. Y sin embargo, esta gente ha elegido lo impío y lo ateo.



¿Con qué castigos no habrían de sufrir justamente, ellos que han huido de sus costumbres ancestrales, que se han vuelto entusiastas de mitos extranjeros y judíos? ¿Cómo no es depravado y del todo temerario cambiar tan livianamente sus costumbres nativas, y luego, con una fe irracional y no examinada, elegir costumbres impías, hostiles a toda nación?

Y sin embargo, en cuanto a sus costumbres, ni siquiera se adhieren al dios mismo honrado por los judíos. En cambio, inventan para sí un camino nuevo y estéril, un camino sin salida, que no conserva ni las tradiciones helénicas ni las judías. . .

85. Estos cristianos no pueden ofrecer una prueba clara de la verdad mediante demostraciones, sino que exigen de quienes se les acercan que se concentren únicamente en la fe. No logran convencerlos más de lo que se convencer a sí mismos, ellos que, a la manera de un rebaño sin juicio, cierran firmemente los ojos y siguen con valentía, sin examen, todo lo que se les dice. Con razón los cristianos se llaman a sí mismos "creyentes", a causa de su fe sin juicio.

LIBRO PRIMERO

Pablo y los apóstoles

109. Pablo se presenta a sí mismo como apóstol "no enviado por hombres ni por mediación humana". Apela a esta autoridad para refutar a quienes sostenían que él no era uno de los doce apóstoles originales, sino que había surgido de pronto, de la nada. Es posible también que, con esta afirmación, apunte indirectamente contra Pedro y los demás apóstoles, para subrayar que él no recibió el evangelio de ellos, sino del propio Jesús, el mismo que los había elegido a ellos como apóstoles. . .

110. Cuando Pablo dice que "el que os perturba llevará su castigo, sea quien sea", ataca secretamente a Pedro, a quien —según cuenta él mismo— se opuso cara a cara por no proceder rectamente conforme a la verdad del evangelio. . .

111. Cabe preguntarse cómo es posible que Pablo —discípulo de aquel que dijo "benedicid a los que os maldicen", y que él mismo dijera "benedicid y no maldigáis", y que "los difamadores no heredarán el reino de Dios"— maldiga a quienes sembraban la confusión en las iglesias de Galacia. Llega incluso a maldecirlos con un deseo explícito: "Quisiera que se mutilasen los que os perturban."

"La castración es una práctica tan abominable que quien la impone a otro contra su voluntad es castigado como un criminal, y quien se castra a sí mismo es tenido por infame." Si Pablo dice la verdad cuando afirma "Cristo vive en mí" y "¿Buscáis una prueba de que es Cristo quien habla en mí?", entonces esa maldición no puede provenir de aquel que dijo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón."

Al parecer, Pablo estaba más interesado en dar rienda suelta a su ira contra los judíos y a una cierta locura desenfrenada, que en imitar a aquel que, como un cordero, no abrió la boca ante quienes lo esquilaban, ni maldijo a quien lo maldecía, sino que se entregó a la muerte como un condenado. . .

71. Según su carta a los Gálatas, Pablo "no consultó enseguida con la carne y la sangre". Después de su pretendida revelación de Cristo, Pablo no consideró digno acudir a otros seres humanos y conferenciar con ellos de palabra, no fuera que, tras recibir la doctrina de "dios", terminara siendo instruido por "la carne y la sangre". . .

2. Pablo condenó a Pedro, diciendo: "Porque antes de que llegaran algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; pero cuando llegaron, se apartó, por temor a los de la circuncisión, y muchos judíos se le unieron." De modo que Pedro obligaba a los creyentes gentiles incircuncisos a someterse a las cargas de la Ley. Pablo reprendió a Pedro porque "no procedía rectamente en la tarea de anunciar el evangelio."

Pero en esta observación hay una acusación grave y de peso: que un hombre que era intérprete de la boca divina viviera en la hipocresía y actuara para agradar a los hombres. Si, entonces, se cuenta que Pedro incurrió en semejantes vicios, ¿cómo no estremecerse al pensar que aquel que estaba, por así decirlo, ahogado en un sinnúmero de absurdos, posee sin embargo las llaves del cielo, tanto para atar como para desatar? . . .

2. Pablo dice que actuó como judío entre los judíos para ganarlos para Cristo. "Porque siendo libre, me hice esclavo de todos, para ganar a todos. Con los judíos me hice como judío." De este modo incurrió en



simulación, como cuando se rapó la cabeza en Cencreas, o cuando hizo una ofrenda en Jerusalén, o cuando circuncidó a Timoteo, según se cuenta en el libro de los Hechos. Y este es el mismo hombre que llamó a la circuncisión "mutilación". . .

Si Pablo, como él mismo dice, es como quien no tiene Ley para los que no tienen Ley, y es judío para los judíos, y se acomoda de igual manera a todos, entonces es en verdad cautivo de una maldad multiforme, extraño y ajeno a la libertad. Quien se ocupa del mal de los que viven sin ley y en cada ocasión hace suyas sus obras, es en verdad el promotor y el servidor de la maldad ajena, y un fanático de las acciones impías. . .

Porque quien tan poco aprecia la circuncisión que injuria a quienes quieren practicarla, y sin embargo él mismo circuncida a otros, es su propio acusador más severo, cuando dice: "Si vuelvo a levantar lo que he destruido, me convierto en transgresor." . . .

3. Así que Pablo fue insolente al atreverse a reprender a Pedro, censurándolo cara a cara y obligándolo, por la fuerza de su argumento, a confesar su falta. 2. ¿Con qué autoridad se atrevió Pablo a reprender a Pedro, "el apóstol de los circuncisos", por lo mismo que él, como "apóstol de los incircuncisos", había hecho? Pablo se opuso a Pedro y a los demás para que, al menos en apariencia pública, la hipocresía de estos al observar la Ley —hipocresía que perjudicaba a los creyentes gentiles— quedara corregida por su propia hipocresía al reprender a Pedro. . .

3. Hemos sabido que, por temor a los judíos, tanto Pedro como Pablo fingieron igualmente observar los preceptos de la Ley judía. Ambos, por tanto, son mentirosos, y fabrican su propia doctrina según les conviene, como resulta evidente por su disputa infantil. . .

2. En esta disputa, o Pedro se equivocó, o Pablo, con insolencia, hizo callar al jefe de los apóstoles. 3. O bien Pablo escribió jactanciosamente cosas que Pedro no hizo, o, si las hizo, Pablo reprendió con insolencia a otro por cosas que él mismo había hecho. 1. Así que, o Pedro se equivocó, o Pablo fue insolente, o ambas cosas. . .

73. En la carta a los Gálatas, Pablo niega con vehemencia que los gentiles deban obedecer ley o costumbre judía alguna. Pero el decreto apostólico que figura en los Hechos exige que los gentiles "se abstengan de las contaminaciones, de la sangre y de la fornicación" —que son costumbres judías.

LIBRO TERCERO

Orígenes y la interpretación alegórica

6. Hay quienes no sienten repulsión alguna ante la depravación de las escrituras judías, sino que se esfuerzan afanosamente por hallarles una solución. Se sumergen en interpretaciones inconexas y en conflicto con lo que está escrito. No hacen tanto una defensa de esos escritos extranjeros cuanto una aprobación y un elogio de sus propias obras. Se explayan con elocuencia sobre los "enigmas" que Moisés enunció abiertamente. Sacralizan estos dichos como si fueran oráculos llenos de misterios ocultos. Y así, encantando su facultad crítica con una retórica frívola, lanzan sus interpretaciones. . .

El método de este absurdo lo conocí a través de un hombre con quien me encontré cuando yo era todavía muy joven. Gozaba entonces de gran estima, y todavía hoy se lo estima, por los tratados que dejó. Su fama se ha difundido ampliamente entre quienes enseñan estas doctrinas. Para situar su origen, diré que fue discípulo de Amonio, el que logró el mayor progreso en la filosofía de su tiempo. De su maestro, Orígenes obtuvo un gran provecho en su formación erudita.

Pero en cuanto a la correcta elección de vida, tomó el camino opuesto al de Amonio. Porque Amonio había sido cristiano, criado por padres cristianos; pero cuando comenzó a pensar por sí mismo y se encontró con la filosofía, se convirtió de inmediato a una forma de vida conforme a la ley. Orígenes, en cambio, siendo griego y formado en las letras griegas, encalló en la insolencia extranjera. Consagrándose a ella, y haciendo comercio de su habilidad erudita, vivió su vida como cristiano, en contra de la ley.

Sin embargo, en cuanto a la ética y a la teología, se comportó como un griego, disimulando la doctrina griega bajo mitos extranjeros. Porque Orígenes vivió siempre en compañía de Platón, y meditó las obras de Numenio, Cronio, Apolófanes, Longino, Moderato, Nicómaco y los expertos en la doctrina pitagórica. Se sirvió, además, de los libros de Queremón el estoico y de Cornuto, de quienes aprendió el método

